

Agustín de Hipona

Por FERNANDO DE LA VEGA

Nace en Tagaste, Numidia, África, el 13 de noviembre del año 354. Su padre, Patricio, era pagano y su madre, Mónica, ferviente cristiana que dedicó toda su vida a la conversión, primero, de su esposo, y a la de su hijo Agustín, después. Precisamente es Mónica quien introduce a Agustín, siendo aún muy joven, en los principios de la doctrina cristiana, aunque el muchacho, aún no había sido bautizado. En la etapa de la adolescencia sufre una enfermedad tan grave que lo lleva al borde de la muerte. En tal circunstancia estuvo a punto de ser bautizado, pero al mejorar su salud, el sacramento fue aplazado indefinidamente por el joven Agustín. Evidentemente la atracción del mundo y sus placeres, era mucho más poderosa que la que sobre él podían ejercer la fe y las súplicas de su madre.

Obligado por sus padres a estudiar, se educa como teórico en su ciudad natal y él mismo reconoce, en sus escritos de adulto, que sólo aprendía lo imprescindible para evitar los castigos, porque los atractivos del mundo eran tan fuertes que no le alcanzaba el tiempo para dedicarse al estudio. Poco antes de morir su padre, que recibió el bautismo antes de morir, va a Cartago para estudiar retórica, complaciendo así los deseos de su enfermo progenitor.

Agustín tiene ahora 17 años, está solo en Cartago y disfruta de una posición económica holgada. Estas condiciones, evidentemente, le van a facilitar su vida de disipación y comienza a orientarse hacia los placeres de forma desordenada. Una de sus primeras decisiones en este sentido es convivir con una mujer, con la que en el año 372, es decir, a menos de un año de llegado a Cartago, a los 18 años de edad, tiene un hijo al que pone por nombre Adeodatus, que en latín significa, nada menos, que “un regalo de Dios”.

Es por ese tiempo que lee el tratado filosófico *Hortensius*, del orador y estadista Marco Tulio Cicerón y se convierte en un ardiente buscador de la verdad, estudiando varias corrientes filosóficas mucho antes de convertirse al cristianismo. Durante nueve años, desde el 373 hasta el 382, se adhiere primeramente al maniqueísmo.

Con su principio fundamental de conflicto entre el bien y el mal, el maniqueísmo le pareció al joven Agustín una doctrina que podía corresponder a su propia experiencia y proporcionarle las hipótesis más adecuadas sobre las que construir un sistema tanto filosófico como ético, pero, con el transcurso del tiempo, se va decepcionando por la imposibilidad evidente de conciliar entre sí ciertos principios maniqueístas prácticamente contradictorios.

Durante nueve años da clases de retórica en su pueblo natal y en Cartago. Hacia el año 383 va a Roma y de allí, un año más tarde, a Milán para trabajar como maestro de Retórica. Es en esta ciudad que comienza a introducirse en la órbita del neoplatonismo, escuela filosófica que, aunque floreció principalmente en Alejandría en los primeros siglos de la era cristiana, se extendió por el imperio romano. Sus doctrinas eran una renovación de la filosofía platónica bajo la influencia del pensamiento oriental.

Milán es el lugar clave en el proceso de conversión de San Agustín. Allí conoce a San Ambrosio, obispo de la ciudad y una de las figuras cristianas más significativas de ese tiempo. Intrigado por la sabiduría y elocuencia de aquel hombre, acude asiduamente a escuchar sus sermones y, después, a

conversar personalmente con él. Lentamente se va sintiendo atraído por el cristianismo.

Evidentemente, tantos años de libertinaje habían dejado sus huellas. La lucha iba a ser excepcional. En sus *Confesiones*, refiriéndose a su etapa juvenil, escribe que “joven miserable, sumamente miserable había llegado a pedir a Dios, en los comienzos de la misma adolescencia, la castidad diciéndole: Dame la castidad y continencia, pero no ahora, pues temía que me escuchara pronto y me sanara presto de la enfermedad de mi concupiscencia, que entonces más quería yo saciar que extinguir”.

Sigue escribiendo: “Y continué por las sendas perversas de la superstición sacrílega, no como seguro de ella, sino como dándole preferencia”. Más adelante agrega “ya conocía la verdad, pero aún las cadenas del demonio que me ataban, eran muy fuertes”. Ahora había llegado el momento de tomar una decisión al respecto y, evidentemente, no le fue nada fácil.



Defensor enérgico del cristianismo, San Agustín elaboró la mayoría de sus doctrinas resolviendo conflictos teológicos con el donatismo y el pelagianismo, dos movimientos heréticos cristianos.

En este tiempo de fuerte lucha interior, el Señor le envía a Ponticiano, que le narra la conversión y la vida de San Antonio Abad. Cuando Ponticiano se marcha, Agustín es ya otra persona y comienza a llorar amargamente sus pecados, cobardía y debilidad. Acude a las cartas de Pablo, leyéndolas al azar.

Un día, por fin, según su propio relato, creyó escuchar la voz de un niño que le decía *Toma y lee* e interpreta el hecho como una exhortación divina a leer y estudiar a fondo las Sagradas Escrituras y, abriendo la Biblia lee, al azar, *Nada de comilonas y borracheras, nada de lujurias y desenfreno, nada de rivalidades ni envidias. Revístanse más bien del Señor Jesucristo, y no se preocupen de la carne para satisfacer su concupiscencia* (Rom. 13, 13-14). Esta fue la gota que colmó la copa de sus dudas e incertidumbres y decide abrazar el cristianismo. Es el verano del año 386.

Tras comunicar la noticia a su madre, se trasladan a la casa de un amigo en el campo y allí se prepara para recibir el bautismo. Ambrosio lo bautiza, junto a su hijo natural, en la Vigilia Pascual del 387. Indecible fue la alegría de Santa Mónica que se había reunido con él y con su nieto en Italia. Era la respuesta a sus oraciones y, en otoño, de regreso a Tagaste, Mónica moriría.

. En Tagaste Agustín vive durante tres años en oración, junto a un grupo de amigos. Es un tiempo de profunda intimidad con el Señor, sin otra preocupación que escucharle.

Más tarde, al escribir sus *Confesiones*, Agustín nos contará que cierto día se sentó bajo una higuera y, entre lágrimas, le dijo al Señor, citando un trozo del Salmo 6: “Hasta cuando Señor has de estar irritado? No quieras más acordarte de mis antiguas iniquidades... porque me sentía aún cautivo de ellas. ¿Hasta cuándo diré: mañana, y mañana? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?”

En el 391 es ordenado presbítero y Valerio, Obispo de Nipona, lo reclama a su servicio como predicador. En Hipona, vive formando una pequeña comunidad con otros clérigos. Sus sermones tienen por blanco las herejías más populares del momento: el maniqueísmo (al cual él había pertenecido) y el donatismo.

Cuatro años después es elegido obispo auxiliar de Valerio. Al morir este, Agustín le sucede en el gobierno de la diócesis de Hipona. Su paso por la silla episcopal se caracteriza por su gran

preocupación por la santidad de vida de los sacerdotes y, a tal fin, establece un reglamento para la vida de los mismos. Este reglamento es conocido como Regla de San Agustín.

A partir del año 411 una nueva herejía, promovida por Pelagio, es el nuevo campo de batalla en defensa de la fe. Su producción literaria se incrementa con tal razón de modo increíble y abarca un abanico de géneros y temas: cartas, comentarios a varios libros de las Sagradas Escrituras, numerosos y sustanciosos sermones y, ocupando lugar preferente el libro autobiográfico *Confesiones*, además de otros como el *Tratado de la Gracia*, *La ciudad de Dios*, el *Tratado sobre Dios*, las *Retractaciones* y otros muchos más.

A los setenta y dos años de edad, deseoso de retirarse a la soledad, descargado del peso que implica la responsabilidad de su diócesis, propone a Heraclio como su sucesor. No mucho después, los vándalos invaden África y todas las diócesis son saqueadas y destruidas. La última en ser sitiada fue Hipona, en el año 430.

Tres meses después, Agustín enferma gravemente y, conociendo que su muerte era inminente, rogó a quienes le asistían que le cantaran los salmos penitenciales; todos le vieron llorar al escucharlos. Murió el 28 de agosto del año 430.

Analicemos, a partir de los datos expuestos, algunos aspectos de su vida y actitudes de Agustín en su etapa juvenil, que pueden ser de utilidad a nuestros jóvenes. ¿Por qué la fe cristiana resultaba desagradable al joven Agustín? Y ¿por qué resulta así para muchos de nuestros jóvenes, surgidos en hogares cristianos y que probablemente en sus primeros años fueron bautizados, recibieron instrucción cristiana, y hasta llegaron a recibir su primera Comunión? ¿Por qué al llegar a la adolescencia se van de nuestros templos?

Ciertamente, para el joven Agustín y para muchos jóvenes hasta hoy, la aceptación y pertenencia al cristianismo limita su libertad. La sed de libertad en el joven es muy fuerte. Acaba de abandonar la niñez y, con ella, la dependencia de padres y maestros y comienza a manifestarse de forma impetuosa el deseo de liberación y la percepción de que aceptar a Cristo – ser creyente- es perder la libertad o, utilizando palabras actuales, es alienarse, verse limitado por normas y preceptos que lo detienen y le impiden ir adelante con sus deseos y aspiraciones. Ser cristiano, en definitiva, exige decisiones que no se pueden tomar sin el dolor de la renuncia



San Ambrosio (340?-397), uno de los más insignes padres y uno de los cuatro primeros doctores de la Iglesia.

A este razonamiento juvenil hay que añadir el criterio de que la minoría debe plegarse a la mayoría y, de no hacerlo, se corre el peligro de una crítica mordaz y la burla cruel, y la adolescencia y la juventud son tremendamente sensibles a ambas y buscan evitarlas por todos los medios.

Agustín quería ser libre, disfrutar de la vida sin límites ni cortapisas y la lectura de su biografía nos muestra que tan pronto logró escapar de la tutela del hogar y se trasladó a Cartago para estudiar, su vida tomó el camino del desenfreno hasta el punto de unirse a una mujer y tener un hijo a los 18 años.

Para entender a Agustín nos puede ayudar el ejemplo del cardenal Newman quien, siendo joven, escribió el siguiente verso “Me gustaría elegir y entender el camino que he de tomar en mi vida” y luego, de adulto, volvió a escribir sobre el asunto: “me dirijo al Señor pidiéndole fervientemente que sea Él quien guíe mi camino”. Ya en su etapa cristiana, San Agustín citaba una frase de San Basilio:

“el amor de Dios, que se concreta en los mandamientos, no se nos impone desde fuera, sino que está presente en cada uno de nosotros” y más tarde escribe: “El sentido del bien ha sido impreso en nosotros”. Esto quizás fue la fuente de tantas inquietudes y tantos cambios de rumbo que se aprecian en los primeros años de Agustín, precisamente por esa lucha interior consigo mismo.

La lucha del cristiano es incesante, porque no basta con comenzar, hay que seguir y no pocas veces, recomenzar. Las dificultades del camino son muchas y de distinta índole, hechas “a la medida” de cada hombre –soberbia, sensualidad, envidia, pereza-, son males antiguos, tan antiguos como el hombre mismo. Si no encontramos obstáculos en nuestro camino, si no registramos caídas y, a veces, caídas graves, no somos criaturas de carne y hueso.

El Señor conoce y comprende nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado; muestra de ello tenemos en los mismos Evangelios: el temor de Pedro a hundirse en las aguas cuando camina hacia el Señor y, posteriormente, la triple negación, ante el temor de verse comprometido, la deserción de los dos de Meaux, la duda de Tomás con respecto al Resucitado... Jesús siempre está esperando que volvamos a Él, precisamente porque conoce nuestra debilidad. En cada uno de los casos citados, el Señor comprende, perdona y sostiene nuestra debilidad.

¿Por qué hemos de alarmarnos por las dudas, y las deserciones de algunos de nuestros adolescentes y jóvenes? No nos debe extrañar que todos, jóvenes y adultos, seamos derrotados con relativa frecuencia, de una forma o de otra en esta lucha consigo mismo en la que el hombre está enfrascado, desde el momento en que el demonio sedujo a nuestros primeros padres.

El joven Agustín no es una excepción, pero detrás de él está la oración constante, la súplica incesante de Mónica, su madre. Y así, como el mayor enemigo de la roca no es el pico o el martillo de poderosos golpes, sino esa agua menuda y ligera que se mete gota a gota entre las grietas de la peña para hacerla arena, hemos de preguntarnos ¿cuántas veces, con qué frecuencia hemos suplicado al Señor por nuestros adolescentes y jóvenes? ¿Y nuestro testimonio ante ellos?